

Vigencia de la ética del psicoanálisis: El sujeto debe advenir.

Hugo Svetlitz

Jacques Lacan en su Seminario sobre la ética, considera que tener en cuenta la ética del psicoanálisis implica hablar de la falta y se pregunta si acaso es esa falta a la que se refiere Freud respecto al asesinato del padre, mito que al maestro vienés ubicó en el origen del desarrollo de la cultura, pero al mismo tiempo, Lacan se interroga si esa falta es la perteneciente a tiempos fundantes que conlleva la pulsión de muerte. Lacan cuestiona a aquellos analistas que, al trabajar el deseo del paciente, estiman que éste tendría como objetivo lograr la armonía del sujeto, apaciguar la culpa, domesticar el goce. Se trata, aduce, de clarificar el *Wo es war, soll ich werden* (donde eso estaba, es el sujeto el que debe advenir y no el Yo) ¹

En el plano yoico, los ideales analíticos florecen abundantemente: el primero es el ideal del amor humano, que lleva a la llamada genitalización del deseo, una especie de higiene del amor; el segundo ideal que obstaculiza la labor analítica es el de autenticidad, vista ésta como una escala continua hacia el progreso y el tercer ideal es el de la no dependencia, que implica que el analista eduque, que incida en la formación del carácter del analizante.

Contrariamente a lo aceptado –afirma Lacan– que la oposición principio del placer-principio de realidad es más del orden de la experiencia propiamente ética, que del orden de la psicología.

Las desviaciones incurridas por ciertos psicoanálisis sirven para hacer de esos escollos boyas que guíen nuestra ruta.

El mérito de Lacan en este Seminario VII, es reivindicar la implicancia clínica al abordar lo trabajado por Freud en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*; se trata de La Cosa, *das Ding*, punto inicial, lógica y cronológicamente, de la organización del mundo en el psiquismo. *Das Ding*, unidad velada, incestuosa que marca la necesaria prohibición del incesto, irrepresentable, extimida, ausente.

Y, si tal como la define Lacan, como aquello que de lo real padece el significante, la praxis del analista, indisociable de su ética, le indicará que el síntoma, al estar hecho de la estofa significante, miente, pero, paradójicamente, revela la verdad de un goce.

¹ cf. Jacques Lacan. *La ética del psicoanálisis: Seminario VII (1959-1960)* Buenos Aires: Paidós, 1988. Clase Nro. 1 (18 de noviembre 1959) págs. 9-25.

En la obra de Freud se encuentran varias referencias al tema de la verdad. En su texto *El chiste y su relación con lo inconsciente*, habla del chiste escéptico:

“En una estación ferroviaria de Galitzia, dos judíos se encuentran en el vagón. '¿Adonde viajas?', pregunta uno. 'A Cracovia', es la respuesta. '¡Pero mira qué mentiroso eres! —se encoleriza el otro—. Cuando dices que viajas a Cracovia me quieres hacer creer que viajas a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?'.”²

Es decir, que el campo del goce —que es real— sólo es abordable por la intermediación mentirosa del significante.

En la dirección de la cura, el analista —llevado por el discurso del analizante— ocupa el lugar del semblante: es en el Seminario XVIII, *De un discurso que no fuera del semblante*, que Lacan utiliza un neologismo: “*s'emblant*” (que significa “precipitar”) y “*s'emblant*” (semblante) o sea que la ubicación del analista como “semblante”, implica una función precipitante de una verdad; cabe decir que tanto el “semblante” como la “presencia del analista” son funciones del llamado “deseo del analista”.

El síntoma representa el retorno de la verdad en la falta de un saber, así en su variedad (tal como lo refiere Lacan en el Seminario XXIV, *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile á mourre*) es la forma en la que el inconsciente —estructurado como un lenguaje— puede emerger en su dimensión de verdad: lapsus, sueños, fallidos, tropiezos, fisuras, etc.

La verdad es un lugar discursivo en el recorrido de un análisis, el analizante se confronta con ella, ubicándose como responsable de su goce: cuando el analista lee, al mismo tiempo escribe y, en ese acto analítico, logra unir verdad y saber.

En el citado Seminario XXIV, Lacan afirma que el único saber es el de *lalangue*, es decir, la lengua propia en movimiento, es la subjetivación de la lengua particular, es una lengua viva.³ Aclaremos lo siguiente: la vigencia de una ética en el psicoanálisis hoy, al trabajar con la noción de *lalangue*, no significa, de ninguna manera, hacer caduca las manifestaciones del inconsciente, al contrario, el inconsciente es un saber hacer con *lalangue* y, si el objetivo del psicoanálisis —dentro del malestar cultural actual— sigue

² Sigmund Freud. *El chiste y su relación con lo inconsciente*. En: *Obras completas de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001. Tomo VIII. pág. 108.

³ cf. Jacques Lacan. *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile á mourre: Seminario XXIV (1976-1977)*. —Inédito— Traducción de Ricardo Rodríguez Ponte y Susana Sherar para circulación interna de la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Clase Nro. 11 (19 de abril de 1977)

siendo hacer surgir el sujeto del inconsciente, la ruptura del semblante es campo propicio para erosionar los significantes, desarticulando los sentidos coagulados del analizante para que éste encuentre su decir singular, su S_1 , reescribiendo su historia en transferencia.

El analista, en su docta ignorancia, no irá más allá de la asociación de su paciente, lo propio de la operación analítica es lograr la apertura de la cuerda simbólica al infinito, con su acto hace empalme entre el síntoma y lo real parasitario del goce del analizante.

Lacan se pregunta: ¿La verdad despierta o adormece? Responde: Depende del tono con que es dicha.

Lacan hace una propuesta: “De la única cosa que se puede ser culpable –en la perspectiva analítica– es haber cedido en su deseo”, hacer las cosas por el bien del otro no nos pone al abrigo de la neurosis.

No hay otro bien más que el que puede servir para pagar el precio del acceso al deseo, éste definido como la metonimia de nuestro ser. De todas maneras –afirma Lacan– sublimen todo lo que quieran, hay que pagarlo con algo, ese algo se llama el “gocce”, esa operación se la paga con una libra de carne...

Finalizo con las palabras de Lacan: “(...) a lo largo de este período histórico, el deseo del hombre largamente sondeado, anestesiado, adormecido por los moralistas, domesticado por los educadores, traicionado por las academias, se refugió, se reprimió muy sencillamente, en la pasión más sutil y también la más ciega, como nos lo muestra la historia de Edipo, la pasión del saber.”⁴

⁴ Jacques Lacan. *La ética del psicoanálisis: Seminario VII (1959-1960)* Buenos Aires: Paidós, 1988. Clase Nro. 24 (6 de julio de 1960) págs. 370-387.